



# LA HABITACION DEL MIEDO

¿Te quedarías a solas con alguien que detesta tu país?

---

un recuerdo de **tobias wolff**  
traducción de **césar ballón**

---

**E**L VERANO DESPUÉS DE mi primer año de secundaria, padecí de un ataque de independencia y empecé a pedir aventones hacia las granjas esparcidas a lo largo y ancho del valle donde vivía, y solicitaba trabajos eventuales como recogedor de bayas o limpiador de establos. De pronto, encontré un lugar donde el granjero me pagaba diez centavos más que el salario mínimo por hora y su esposa, gordita y sin hijos, me invitaba a almorzar y me observaba con aprensión mientras comía. Allí me quedaba yo hasta que llegaba la hora de ir a la escuela.

A veces, mientras paleaba el estiércol o retiraba la mala hierba de algún canal de drenaje, me detenía a echar una mirada hacia los campos más alejados, donde *las manos*, como llamaba el granjero a los trabajadores, colocaban fardos de heno sobre una furgoneta y los apilaban hasta alturas bastante inestables. De vez en cuando escuchaba alguna risotada, que era el corolario de una conversación. El granjero no me permitía trabajar en el heno porque yo era aún muy pequeño, aunque pegué un estirón durante el invierno. Así que al verano siguiente me dejó unirme a la partida.



Entonces fui una *mano*. ¡Una mano! Me volvía loco con esa palabra, con el placer de aplicarla para mí mismo. Tener un empleo como ése lo cambiaba todo. Te alejaba del alcance de tus padres, del cáustico escrutinio de tus amigos. Te soltaba entre extraños en este accidentado mundo, donde podías jugar a ser otra persona hasta que te *hacías* otro de verdad. Dejaba dinero en tus bolsillos y te permitía creer que tu otra vida, ese paréntesis vacío en tu casa y el colegio, era tan sólo un torpe consuelo para aquellos que eran tan ilusos que creían que aún los necesitabas.

Había otros tres que trabajaban conmigo en los campos: Clemson, el tímido y musculoso sobrino del granjero, que iba conmigo a la escuela, pero al que yo trataba con condescendencia porque era un chiquillo sin experiencia; también estaban allí dos hermanos mexicanos, Miguel y Eduardo. Miguel era bajo, bruto y solitario, y sabía muy poco el inglés; el desfachatado Eduardo hablaba por ambos. Mientras el resto de nosotros hacía el trabajo pesado, Eduardo nos proveía de consejos sobre chicas y contaba historias en las que él aparecía como un habilidoso, diestro e infatigable espadachín. Lo hacía para divertirnos, pero en el material con que entretejía sus historias –los salones de baile y los bares, los torpes guardias de la frontera, los descerebrados granjeros y sus insaciables esposas, los corruptos policías, y las prostitutas que lo amaban–, yo intuía la realidad de una vida de la que no sabía nada y que, sin embargo, anhelaba tener. Una vida real en un mundo real.

Mientras él hablaba, su hermano, Miguel, trabajaba en silencio detrás de nosotros; gruñía de rato en rato bajo el peso de un fardo de heno, su cara marcada por el acné enrojecía por el calor, sus ojos rasgados se achicaban aun más bajo el sol. Clemson y yo trabajábamos y luego descansábamos; avanzábamos y luego nos reíamos de las historias de Eduardo, azuzándolo con nuestras preguntas. Miguel nunca flaqueaba, y jamás se reía. A veces miraba a su hermano con lo que parecía ser una tibia curiosidad. Pero eso era todo.

El granjero, que poseía una gran extensión de terreno con mucho heno que apilar, debía haber contratado más *manos*. Sólo nos tenía a nosotros cuatro, y siempre existía el peligro de la lluvia. Era un sujeto relajado y amable, pero a medida que avanzaba la temporada empezó a ponerse más y más ansioso y empezó a azuzarnos más y a retenernos más y más tarde. Durante la última semana pasé las noches con la familia de Clemson, cerca del camino, de modo que podía llegar con los otros al amanecer y trabajar hasta el crepúsculo. Los fardos de heno eran pesados debido al rocío que caía a la hora en que empezábamos a cargarlos. El aire en el almacén se hacía irrespirable debido a la fermentación. Eduardo le advirtió al granjero

P



que el heno podría arder, pero éste nos mantuvo firmes en su horario. Cojeando, quemado por el sol, cubierto de arañazos, a duras penas podía levantarme de la cama por las mañanas. Pero aunque gruñía mi malhumor junto a mis compañeros, dentro de mí era feliz de estar al lado de ellos, trabajando como si no tuviera alternativa.

El automóvil de Eduardo y Miguel se estropeó hacia el final de la semana. Entonces Clemson comenzó a llevarlos hasta el decrepito hotel en el que vivían junto a otros trabajadores de temporada. A veces, al frenar frente a la puerta del lugar, simplemente nos sentábamos allí sin decir palabra. Así de cansados estábamos. Una noche, el locuaz Eduardo nos invitó a pasar para tomar un trago. Clemson, todo un buen chico, trató de rehusarse. «Vamos, Clem», le dije, «no seas marica». Me quedó mirando, y luego apagó el motor.

Aquella habitación, por Dios. Los hermanos habían hecho su mejor esfuerzo arreglando sus camas, manteniendo su ropa pulcramente doblada sobre las maletas abiertas, pero el olor a hongos te embriagaba desde que dabas un paso dentro. El piso era inestable bajo los pies, el techo se veía arqueado y lleno de manchas. La luz superior no alcanzaba siquiera a iluminar las esquinas. Y por detrás del olor a humedad, había otro aroma que incomodaba. Clemson era un tipo quisquilloso y no ocultaba su desagrado, en tanto que yo pretendía sentirme como en casa.

Nos echamos vasos de aguardiente a los estómagos vacíos, mientras escuchábamos a Eduardo. Al poco tiempo estábamos todos borrachos. Alguien tocó a la puerta y llamó en español. Eduardo salió y se quedó fuera. Miguel y yo seguimos bebiendo. Clemson estaba medio dormido, su mentón se deslizaba poco a poco hasta su pecho, y se cerraba de golpe una y otra vez. Miguel me miró, frunció el entrecejo y me clavó los ojos con firmeza, sin pestañear. Entonces comenzó a protestar por alguna injusticia que el patrón había cometido contra él. A duras penas podía entender su inglés, pues cambiaba con frecuencia al español, que yo no entendía en absoluto. Estaba furioso. Eso sí lo comprendí.

En cierto momento cruzó el ambiente y, al regresar, puso un arma sobre la mesa, justo frente a él. Era un revólver de cañón largo, con la superficie desgastada. Miguel me miraba fijamente por sobre el arma y reanudaba su perorata en español. Estaba observándome, pero yo sabía que él veía a alguien más. Rara vez lo

había oído hablar. El parlanchín siempre había sido el hermano. Pero esa noche las palabras desbordaban su boca como un acongojado sonsonete. Noté cómo su propia voz lo hacía parecer más exaltado; de alguna manera, el propio sonido de su indignación al probar que se le había hecho mal, alimentaba su rabia, haciéndole odiar a quien fuese que pensaba que yo era. Yo estaba demasiado asustado para hablar. Todo lo que podía hacer era limitarme a sonreír.

Esa habitación: una vez que entrabas, jamás volvías a salir. Podías olvidar que estabas allí, podías seguir adelante como si llevaras las riendas, como si el curso de tu vida, e incluso su *duración*, fueran un reflejo de tu fuerza de carácter y la sabiduría de tu juicio. Y, de pronto, te deslizabas sobre un recodo congelado de la pista en una curva, y el timón en tus manos se convertía en un juguete inútil y no eras más que un espectador de tu propio y borroso deslizamiento hacia la berma, y entonces recordabas dónde estabas.

O era como abordar un autobús con otros treinta jóvenes dentro. Es temprano, justo antes del amanecer. A esa hora en que los autobuses siempre parten, con las luces bajas, para evitar llamar la atención de los campesinos tras los portones, pero no funciona y ellos están allí esperando, sujetando en silencio sus carteles, mirándote no con reproche sino con tristeza y compasión mientras el autobús los pasa en camino al aeropuerto y a ese avión que te lleva donde no quisieras ir, y en ese momento sabes exactamente para qué cuentan tus deseos, y tus planes, y toda la fortaleza de tu cuerpo y de tu alma. Entonces sabes dónde estás, como sabrás dónde te encuentras cuando los que amas mueran anticipadamente –con los planes que hiciste para ellos, y el tiempo que pasarías con ellos–, y cuando tu cuota diaria de palabras y sueños te sea arrebatada, y cuando tu hija maneje el automóvil directamente contra un árbol. Y si ella logra alejarse de allí sin un rasguño aún sientes ese oscuro cielo que se cierra sobre ti, y sabes dónde te encuentras. ¿Y qué puedes hacer sino lo que hiciste en esa horrible habitación, con Miguel odiándote sin razón y una pistola rastrillada a la mano? Sonreír y esperar que cambiara de tema.

Y cambió esta vez. Clemson salió disparado de su silla doblándose y vomitó sobre la mesa. Miguel se calló. Fijó la mirada en Clemson, como si jamás lo hubiera visto, y cuando volvieron las arcadas pegó un salto y lo tomó de la camisa empujándolo hacia la puerta. Tomé el control de la situación y ayudé a Clemson a salir mientras Miguel nos seguía con los ojos, mascullando su asco. ¡Asco! Ahora *él* era el quisquilloso. La repulsión había sobrepasado la ira, e incluso el odio. ¡Con cuánto cariño auxilié a Clemson aquella noche! Pensaba que había salvado mi vida. Y quizá fuera cierto.

Aquel invierno el granero del granjero se quemó hasta los cimientos. Cuando oí la noticia, comenté: «¿No se lo dije? Lo hice: le dije a ese estúpido hijo de puta que no almacenara heno húmedo». ★